

## INTRODUCCIÓN

# MATERNIDAD MILLENNIAL: ¿MADRE O DESMADRE?

¿Puede ser el ejemplo de María algo cercano para una madre del siglo XXI? Cuenta Kimberly Hahn que, antes de convertirse al catolicismo, de la Sagrada Familia se sentía más identificada con san José, porque cada vez que algo salía mal en el hogar de Nazaret o no estaba donde tenía que estar, se sabía que la culpa no iba a ser del Hijo de Dios y tampoco de la Llena de Gracia... así que solo quedaba el bueno de José<sup>1</sup>.

Pero la perfección de María no es la perfección superficial y de escaparate que podemos encontrar en otros lados. De Ella sabemos que lo que se ve es lo que hay. Es la Llena de Gracia, concebida sin pecado original, pero tiene un corazón de mujer, esposa y madre que late como el nuestro. Se alegra, se preocupa, sufre, duda, pregunta, se enternece... como el nuestro. Por eso podemos tratar de imitarla sin miedo a que nos lleve a un callejón sin salida; sin temor a que lo que a Ella le vino bien no nos funcione a nosotras. Porque lo que nos muestra es cómo guiar nuestros pasos cuando vives bien cerquita de quien es el Camino, la Verdad y la Vida. No hay pérdida.

Su inmaculada concepción no la vuelve distante, decimos de Ella «Torre de marfil», pero esa letanía no se refiere a que esté encerrada en una altura inaccesible para el común de los mortales. Ella, que acogió por igual en el establo a pastores y Reyes Magos, no se va a escandalizar por nuestra vida hecha de petachos y remiendos, no nos mira por encima del hombro ni nos pone una etiqueta de «caso perdido». ¿Y qué hace ante la escasez en las bodas de Caná? Acude a su Hijo, con petición implícita de «Venga, soluciónales el asunto». Lo mismo con nuestros pecados, nuestros límites y nuestra vulnerabilidad.

---

<sup>1</sup> Scott y Kimberly Hahn, *Roma dulce hogar*, Rialp, 16ª edición, Madrid, 2010, p. 162.

## INTRODUCCIÓN

Cuando nos convertimos en madres, podemos tener la sensación de que no vivimos, sobrevivimos. Conciliando, educando, cuidando, abrazando y curando. Desde que esta nueva identidad (mamá) se añade a nuestro ser, las prioridades se recolocan y aflora ese instinto maternal tan salvaje y a la vez tan tierno. Nuestras necesidades son las necesidades de nuestros hijos y viceversa. No hay vuelta atrás. Y esto choca con un mundo acelerado donde la inmediatez, la perfección y el éxito se entronizan.

Son muchas las madres a las que les invade un sentimiento de culpa al no cumplir con el perfil que creen que deberían ser. Vemos a madres pluscuamperfectas que dividen el plato de sus hijos como una gráfica de Excel para llenarlo de las proporciones exactas de proteína, verduras y grasas sanas. Madres que no se permiten levantar la voz en un momento de rabieta descontrolada. Madres que gestionan la agenda de los deberes como auténticas asistentes de departamentos de dirección. Madres que siguen todos los hilos de conversación del grupo de WhatsApp del cole por no querer perderse nada. Madres que no se perdonan una. Madres que invierten buena parte de su tiempo y salario en conservatorios, extraescolares de competición, parques temáticos y partidos de los sábados.

En definitiva, madres que se deshacen por el bienestar de sus hijos, pero que, en ocasiones, en vez de experimentar satisfacción y alegría, paradójicamente viven con culpa, frustración y agotamiento.

Con la ola del bienestar emocional, a veces ellas mismas detectan que están llegando a niveles máximos de saturación y tratan de liberarse de esa carga de negatividad hiperventilando su estado anímico con cualquiera que se ofrezca a escucharlas. Que si la profesora de baile, que si la madre de un niño de natación, que si las otras madres del parque, que si el logopeda del niño, que si la vecina de la *urba*...

Y cuando hablan con los entornos más cercanos, donde menos juzgadas y más escuchadas deberían sentirse, muchas de ellas se encuentran con frases lapidarias que ponen punto y final a la conversación: «¿Y qué te creías que era ser madre?», «Te quejas, pero luego te quedas embarazada...» o «Tu abuela sacaba adelante a ocho sin rechistar».

Con mensajes como estos, con la falta de empatía —o, como se llama ahora, sororidad—, esta generación de madres extenuadas se rompe. Y con razón. La maternidad es sinónimo de colapso, sumisión y pérdida de control. ¿Quién soy yo? ¿La de antes de dar a luz o la de después de dar a luz? ¿Por qué no puedo reincorporarme con facilidad en el mundo laboral? ¿Valgo menos ahora? ¿Por qué he dejado de disfrutar los momentos con mi marido? ¿Por qué me siento sola? Vivo para cuidar, pero ¿quién cuida de mí?

Y de ahí una retahíla de preguntas existenciales que pueden llegar a asfixiar la vivencia de la maternidad. ¿Soluciones que nos ofrece el mundo? Como ya no eres feliz porque no te sientes valorada ni acompañada es hora de que vuelvas a serlo: déjalo todo y recupera tu vida anterior para ser la de antes.

¿Acaso somos una generación de madres blanditas que no podemos con la vida familiar? ¿Pero blanditas con respecto a qué o frente a quién? ¿Ante qué ideal de maternidad nos estamos mirando y comparando? La de nuestras madres, abuelas, vecinas o ¿puede ser la de las *influencers*?

Porque todas necesitamos referentes. Esas coordenadas que den sentido a nuestra vida, que me hagan entenderme y entender el sentido de lo que hago con mi maternidad. Se trata de modelos a seguir que expliquen el porqué y el para qué de nuestros actos y con los que, en última instancia, queremos identificarnos porque son historias de la felicidad que anhelamos.

## **Madre = ...**

Si decimos la palabra *madre* en alto, lo más probable es que pienses automáticamente en la tuya pero ¿y la segunda persona que te viene a la cabeza después de ella? ¿La madre de tu amiga? ¿La de tu marido? ¿Tú misma? Porque hay una madre, como tú y como yo, cuya maternidad sirvió para salvar el mundo...

## INTRODUCCIÓN

Este no es otro libro más de maternidad con consejos mágicos, ni tampoco un libro de espiritualidad al uso. Es un libro de madres reales que narran cómo han superado grandes y pequeños desafíos guiándose a través de María Madre. Madres que caen rendidas como troncos en la cama al final del día, madres que hacen «ceriendas» (merienda+cena) para no cocinar tanto los domingos, madres de adolescentes que sus hijos se les hacen «bola», madres que se levantan ocho veces durante la noche para calmar terrores nocturnos, madres que se olvidan de llevar pañales a la *guarda*, madres que no saben coser y grapan el bajo de la falda del colegio de sus hijas, madres que festejan el esfuerzo del 5,4 de su hijo vago, madres que se chupan madrugadas en urgencias...

Trece capítulos en los que sus autoras hablan de cómo, a través de la maternidad real de María, ellas mismas han podido vivir con paciencia, humor y dosis extra de amor el caos del día a día, la rutina, los distintos obstáculos en el camino y las pruebas que han tenido que superar.

Todas las que hemos colaborado en estas páginas tenemos algo que compartir: hemos descubierto el poder oculto que tiene la maternidad de María. Un poder que transforma, sana, relaja, despreocupa, relativiza y alegra. Un poder que nos impulsa a vivir una maternidad auténtica, referencial, valiente, desprendida y libre. En definitiva, una maternidad como la vivió Ella.

Por eso, lo más importante del libro es que vayas más allá de las palabras que cada una de las autoras plasmamos en estas páginas. Aquí compartimos cómo nos habla Dios y cómo nos habla la Virgen a cada una, al contemplarla en diferentes escenas de su vida. Cómo resuena eso en nosotras, cómo intentamos vivir siguiendo sus pasos, qué luchas encontramos por el camino, qué hemos aprendido de las caídas. Este libro es un punto de partida para que cada una metamos cada vez más en nuestra rutina a María como compañera, como parte de la *tribu*. A nosotras un versículo nos puede decir una cosa, a ti otra. Y es fenomenal. Lo importante es ponerse a la escucha. Si alguna de estas líneas te ayudan, ¡para Dios toda la gloria!

Porque María se escribe con M de maternidad.